

COMPRES USTED MAÑANA
el núm. 15 de la original publicación
semanal de

BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS DE LA PANTALLA
**LA NOVELA ÍNTIMA
CINEMATOGRAFICA**

Contiene la biografía de la bellísima
y genial estrella polaca

POLA NEGRI

Numerosos datos y fotografías

Regalo de una lujosa postal

Precio popular: 35 cts.

La exclusiva de venta de nuestras publicaciones la tenemos cedida a la **Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**—Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID y Ferrocarril, 20, IRÚN.

E. VERDAGUER MORA.—TOPETE, 16.—TAHASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 180

25 cts.



AMOR Y
TRABAJO

POR
NITA HALPI
BERÉ DANIEL
ETC.

FilmoTeca
de Catalunya

DWAN, Allan

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Via Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 180

Amor y Trabajo

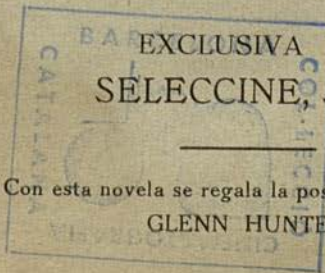
(THE GLIMPES OF THE MOON, 1923)


INTERESANTE PRODUCCIÓN DE VIGOROSO ASUNTO,
INTERPRETADA POR LOS AFAMADOS ARTISTAS
BEBÉ DANIELS, NITA NALDI
y DAVID POWELL

Paramount Pictures Corporation

EXCLUSIVA DE
SELECCINE, S. A.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
GLENN HUNTER





AMOR Y TRABAJO

Argumento de la película de dicho título

Hay mujeres para quienes el lujo, la moda y, sobre todo, el trato con las primeras figuras del mundo social han llegado a constituir una necesidad, pese a sus escasos recursos de fortuna. En las grandes casas de modas de la aristocrática Quinta Avenida de Nueva York, se encuentra con frecuencia este tipo de jóvenes venidas a menos, verdaderamente dignas de compasión, viviendo y alternando con amigos y parientes poderosos, a costa de un sinnúmero de pequeñas claudicaciones y constantes sacrificios de su amor propio.

Margarita Branch, huérfana de padres y de bienes de fortuna, había ido pasando de unos parientes a otros y de una amiga a otra amiga.

Lucina Westhover era la amiga en cuya casa vivía a la sazón Margarita y a cuya generosidad debía el poder alternar en su dorada y frívola sociedad. Pero no era sólo la generosidad la que empujaba a Lucina, sino su egoísmo y su refinada doblez, que le hacían pensar que no le sería difícil valerse de Margarita para conseguir sus particulares fines de mujer casada acentuadamente veteleta...

Al comenzar nuestra historia, encontrábanse las dos amigas en la mejor casa de modas, eligiendo, la rica, las nuevas creaciones en vestidos y sombreros, y a merced de la protección de ésta la otra.

En la tienda se hallaba también una conocida de ambas, Flora Wyndham de nombre, una joven que se casó, no con un hombre, sino con un saco de monedas de oro.

Mientras Lucina se entregaba a sus adquisiciones, Flora llamó a sí a Margarita, le hizo probar varios sombreros, y cuando comprendió que uno de los modelos llenaba el gusto de la muchacha sin fortuna, indicóle que se lo quedase.

—No, gracias, Flora...

—Quédatelo, Margarita, y estaré contenta. Ya me pasarán la cuenta.

Aceptó aquélla el regalo, con más pesar que alegría, compadeciéndola Lucina, irónicamente, para sus adentros.

Un poco más tarde, de regreso en el domicilio de los Westhover, en el que Lucina era reina absoluta, se recibió una carta.

El escrito procedía de Guillermo Preston, amigo de las dos mujeres, y estaba dirigido a Lucina, que lo leyó con afán. Decía así:

Amiga Lucina:

Yo bien quisiera poder hacer acto de presencia en la Florida, pero estoy trabajando como un condenado en mi novela y me será imposible complacerte.

Con el mayor pesar,

Guillermo Preston.

La negativa del invitado desagradó sobremanera a la caprichosa mujer, que había puesto sus ojos en él; pero no se resignó a prescindir de su grata compañía. Margarita, joven, soltera, preciosa, po-

día ser el imán que ejerciera en Guillermo la atracción que para sí quería Lucina. Margarita sería, pues, la cómplice de la amiga adicta al *flirt*.

—Guillermo acaba de decirme que no puede ir a la Florida. ¿Quieres insistir en que vaya? Tal vez te haga más caso que a mí.

Margarita, enamorada de Guillermo, que luchaba en el campo de la literatura, como novelista, para labrarse un brillante porvenir, le llamó al teléfono, y en su propio interés le rogó que dejara sus asuntos por algún tiempo para trasladarse a la Florida.

Guillermo no se decidió, a pesar de corresponder a Margarita hasta el extremo de querer casarse con ella, y, decidida a todo, Lucina mandó a su protegida a casa del escritor, para que, personalmente, tratara de vencer su oposición. Y añadió que ella la iría a recoger allí más tarde, cuando considerara que Guillermo ya estaba vencido.

Obedeció Margarita, no sin hacer un esfuerzo para negarse a obrar por cuenta de Lucina, cuya pasión por su novio conocía sobradamente.

Lucina ignoraba las relaciones que unían a los dos jóvenes, y para recompensar a Margarita su "complicidad" en atraerse a Guillermo, le hacía buenos regalos.

Una hora después, Margarita entraba en el retiro artístico del novelista, interrumpiendo éste, al verla, su trabajo, para proseguir con ella el idilio que era toda su ilusión.

—¿Cómo no me dijiste que ibas a venir, amor mío?

—Me decidí después de haberte telefoneado... cuando Lucina se puso al aparato para saber la causa de tu declinación a su deseo de que vayas a la Florida. Yo también voy a ir. Me gustaría que

tú te hallases siempre a mi lado, pero no quisiera que por complacerme te perjudicases. Sé que tienes mucho trabajo, y que pronto triunfarás. ¡No sabes cuánto lo deseo, Guillermo!

—¡Y yo! Porque con el triunfo de mi pluma lle-



...y para recompensar a Margarita su "complicidad" en atraerse a Guillermo...

gará el de nuestro amor. Nos casaremos...

—¿Casarnos? ¿No es eso un imposible? ¡Si somos tan pobres!

—La pobreza a tu lado no ha de influir en nues-

tra felicidad. ¿Por qué no unir nuestras vidas sin detenernos a calcular? Esta situación no ha de durar toda la vida... y la espera será más estimulante si tú velas por mí como amante esposa.

—Yo bien quisiera, Guillermo, pero...



Hubo una pausa. Guillermo besaba el velo del sombrero de su amada...

—Eres un ángel, Margarita. Vacilas porque me amas.

—Debemos esperar tiempos mejores, Guillermo. Estoy segura que así trabajarás mejor, con mayores bríos para romper el anónimo.

Hubo una pausa. Guillermo besaba el velo del sombrero de su amada, y ésta lamentábase para sí de su situación y de la de aquél, apenada por el efecto que le había causado la lectura de la siguiente carta dirigida a su novio por una casa editorial:

Tenemos el sentimiento de manifestar a usted que el manuscrito que ha sometido a nuestra aprobación no reúne los requisitos necesarios para ser publicado en nuestras revistas.

Lucina, en su casa, rehuyendo conversación con su marido, que era para ella como un extraño en el hogar, pretextaba una visita urgente para acudir a la cita con Margarita.

Los prometidos habían reanudado su plática amorosa y Guillermo se esforzaba en inbuir a Margarita la idea de acudir sin dilación al matrimonio, cuando Lucina llegaba a la puerta del retiro del novelista, y oía lo que decían, sin ser apercibida.

Guillermo había enlazado con sus brazos el talle de Margarita, y le hablaba rozando sus labios.

Lucina retrocedió, cerró la puerta del estudio, y llamó como si acabara de llegar.

Guillermo gritó, sin moverse, separándose prudentemente de Margarita:

—Adelante.

—Buenas tardes, Guillermo—saludó Lucina—. Hola, Margarita. ¿Estorbo?

—Tú no estorbas nunca, Lucina. ¡Qué idea! Aquí, Margarita y yo, hablábamos de cosas muy serias. De mis novelas, ¡figúrate!

—¿De tus novelas... nada más?... Estáis enamorados, ¿eh?

Margarita bajó su vista al suelo, como temerosa de Lucina, y Guillermo, con su turbación, confirmó a la caprichosa, que amaba a Margarita.

Ocultando su enojo, Lucina cambió con el escri-

tor, cariñosamente, algunas palabras, y dijo, un tanto exigente, a Margarita:

—Pablo acaba de llegar a casa más triste que un funeral. Vamos a animarlo un poco.

Y Margarita hubo de seguir a Lucina.

*
*
*

Unos días después de haberse convencido de la mutua inclinación de Margarita y Guillermo, Lucina dió una comida en honor de lord Andrés Percival, recién llegado de Inglaterra, y omitió deliberadamente el nombre del novelista en la lista de sus invitados, pues quería dejar el campo libre a lord Percival, a quien quería casar con Margarita y al que todos llamaban, afectuosamente, Andresillo. El gran afán de Lucina era alejar a Margarita de Guillermo. Los achaques de Pablo, su viejo marido, y su propia frivolidad, le hacían pensar en que no pasaría mucho tiempo sin que pudiera hacer suyo al escritor, y trataba de reservárselo.

Flora Wyndham era una de las invitadas que jamás faltaba en una mesa elegante. Para ella, la vida era una fiesta continua... y los hombres, el mejor juguete.

Durante la comida, Lucina se encargó de estimular a lord Percival para que tuviera esperanzas en obtener el amor de Margarita, de cuya bondad y belleza se había prendado instantáneamente el rico heredero.

Pero Margarita pensaba en Guillermo, y nada ni nadie podrían hacerla renunciar a su sueño dorado.

Pasaron algunos días más, y cuando la Quinta Avenida comenzó a vestirse de blanco, Lucina y sus amigos se marcharon a regiones más soleadas,

instalándose en la casa flotante de los Westhover.

Guillermo había ido también a la Florida, para estar cerca de Margarita, pero Lucina parecía empeñarse en impedirlo, lo cual echaron de ver algunos invitados, uno de los cuales dijo a Pablo Westhover:

—Es indudable, pues se buscan continuamente, que Margarita y Guillermo se quieren... Pero me



—Pablo acaba de llegar a casa más triste que un funeral. Vamos a animarlo un poco.

parece que entre Lucina y Andresillo han tramado un complot contra ellos. No estaría de más que vigilara usted un poco a su esposa y al inglés...

Pablo profesaba gran afecto a Margarita, en cuya afabilidad para con él encontraba siempre consuelo, y conociendo el carácter de su esposa, se

puso en guardia para proteger a los dos enamorados pobres de lo que suponía cálculos financieros de Lucina.

En aquel momento, Guillermo y la esposa de Pablo hablaban en el jardín inmediato al magnífico lago en cuyas aguas bañaba su fondo la casa flotante.

El señor Westhover interrumpiéndoles y rogó a Lucina que le dejara solo con el novelista.

—Soy amigo de la franqueza, Guillermo—dijo a éste, mientras Lucina se alejaba con despecho contra su marido—. He notado que ama usted a Margarita. Pues bien, ¿por qué no se casa usted con ella?

—Bien lo quisiéramos los dos, señor Westhover... pero la falta de recursos...

—Eso se arregla trabajando, amigo mío... ¿Por qué no se decide usted a trabajar en serio? Yo puedo ayudarle a usted... Esta vida de ociosidad y de lujo, que usted y Margarita han abrazado, no les conducirá nunca a su felicidad. Eso es todo lo que tenía que decirle... y añado que, por mi parte, vería con sumo gusto esa boda.

Guillermo reflexionó profundamente, y cuando, por ventura, encontróse a solas con Margarita en la casa flotante, congratulándose ambos de ello, pues no conseguían estar un momento solos, volvió a insistir en su pretensión de tomarla por esposa sin esperar otros tiempos.

—¡Gracias a Dios que podemos hablar sin testigos, alma mía! He de decirte algo muy serio ahora mismo, Margarita.

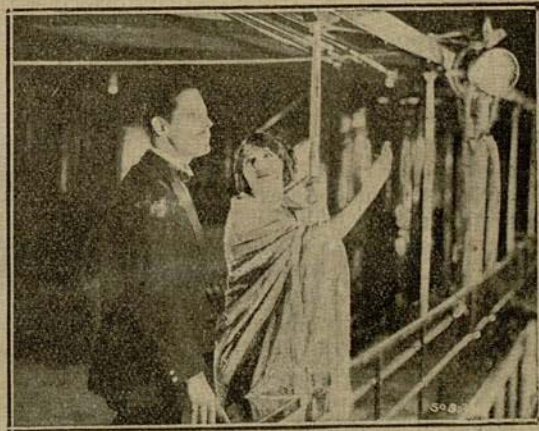
—Parece imposible que no vengan a molestarnos. Si nos ve Lucina se va a poner furiosa.

—No nos ocupemos de nadie más que de nosotros.

—Lo peor de todo es que no soy libre. Vivo a costa de Lucina. Hasta la ropa que llevo encima me la dió ella.

—¿Tan grande es la atracción que ejercen sobre ti el lujo y la riqueza ajenas, que no puedes cambiarlos por la felicidad a mi lado?

—La felicidad está tan lejos para nosotros como la luna... La vemos, pero no podemos alcanzarla



—La vemos, pero no podemos alcanzarla con la mano.

con la mano.

No pudieron seguir hablando. Lucina apareció y llevóse a Guillermo a un grupo de invitados. Después, reuniéndose con Margarita, censuró su conducta.

—Yo creí que ibas a dar por terminado este asunto.

to con Guillermo... ¡Y en vez de acabar de una vez, todavía le das alas! Ese hombre no te conviene. En cambio, lord Percival...

—Pero...

—¡Ni una palabra más! Si no haces que Guillermo se vaya esta misma noche, hemos terminado.

Flora, que sospechaba la intriga de Lucina, se metió a redentora.

—No permitas que Lucina se salga con la suya. Eres lo suficientemente lista para poder vivir desahogadamente con Guillermo—dijo a Margarita.

—¿Cómo? Si ni él ni yo tenemos un céntimo.

—No importa. Yo me encargaré de que no os falte nada durante el primer año de vuestro matrimonio. Por el gusto de teneros cerca, los amigos os ofrecerán sus casas. Y luego... ¿quién duda del éxito de Guillermo? Antes de un año será un novelista famoso.

—¡Oh, Flora! Por el amor de Guillermo lo aceptaría todo... pero ¿no será abusar de tu bondad?

—Al contrario. Quisiera que Guillermo aceptase, para veros pronto muy felices.

Margarita buscó a su amado, y aislándose con él, le expuso la excelente idea de Flora.

Resistióse el novelista a aceptar la ayuda ajena, a la que Margarita se acogía para labrar su felicidad que amenazaba escapar, pero, por último, decidió obedecer, basando su aquiescencia en la esperanza de su triunfo como escritor en breve.

—¡Qué felices vamos a ser, Guillermo! ¡Teniéndome a tu lado, trabajarás con más fe, y vencerás ruidosamente! Un año es plazo suficiente, ¿no es verdad, amor mío?

Así lo creyó el escritor, y concertóse la boda.

Y Guillermo y Margarita se casaron, y Lucina tuvo la suficiente discreción para resignarse y ofre-

cer su casa para la celebración de aquella boda, que hacía caer por tierra sus ilusiones.

—Lucina, te agradeceré toda la vida lo que has hecho por nosotros—le dijo Guillermo cuando ella le dió la enhorabuena delante de sus amigos.

—No tienes que agradecerme nada, Guillermo—respondió Lucina estrechándole expresivamente la mano—. Lo he hecho todo con mucho gusto.

Margarita no perdía el menor movimiento de su amiga, y ardía en deseos de abandonar pronto la casa en que hasta entonces había vivido gracias a una interesada generosidad, y presta a prepararse para su viaje de boda, despidióse de su mejor amiga, una lindísima joven de la más brillante sociedad, a la que hizo objeto de sus confidencias, como si fuera su hermana... o su madre:

—Este es el día más feliz de mi vida. Ya ves: soy pobre, pero no envidio nada a nadie, porque voy a tener un marido que me querrá más que a todo, y después un hogar. ¡Al fin veré logrado mi deseo de tener algo mío!

Los cheques habían sido los regalos que más abundaron en la boda de Guillermo y Margarita, y con ese dinero los novios se prometían realizar un interesantísimo viaje.

Además, llovieron sobre ellos ofertas de casas en distintos países, una de ellas la de Flora en Venecia, a la que les citó hacia la época del Carnaval.

Guillermo y su mujercita aceptaron todas las invitaciones, apuntándose los compromisos contraídos, para no olvidarlos.

Y partieron en pos de la miel de su amor.

Aquella noche, Pablo Westhover, al vaciarse sus salones de gente, trató de olvidar las asperezas de Lucina, para retroceder hacia la ilusión.

—Lucina, esto me recuerda el día en que te traje a esta casa, de regreso del altar.

Pero la esposa, cuyo corazón se había endurecido para el compañero que seguía amándola, respondió cruel:

—Ya hace tiempo de eso, Pablo. No me hagas recordar cosas tristes.

Guillermo y Margarita, llenos de sueños, viajaron



—¡Al fin veré logrado mi deseo de tener algo mío!

sin cesar; y al cabo de unos meses, alegres y felices, llegaron a Venecia dispuestos a hospedarse en el palacio de Flora Wyndham. Los dos enamorados creían, con fe ciega, en el éxito del novelista y en su fuerza de voluntad para dejar, cuando fuera necesario, aquella vida de lujo y de molicie a que estaban acostumbrados... Pero, ¿sería esto posible?

¿Qué suerte les reservaba el porvenir? ¿Podrían vencer, sobre todo Margarita, aquellos hábitos que habían llegado a constituir para ellos una necesidad?

Al llegar a la suntuosa morada de Flora, los recibieron los criados.

—La señora Wyndham ha tenido que ausentarse, pero me ha encargado que expresase a ustedes en su nombre el sentimiento que tiene de no poder recibirles, y me ha ordenado que ponga el palacio a su disposición—dijo el mayordomo.

Guillermo lamentó vivamente la ausencia de la dueña del señorial retiro, y consultando su carnet de cheques, dijo a su esposa:

—Cuando hayamos terminado de dar propinas a los criados de Flora, no podremos pasear por los canales si no nos fian los gondoleros... Ya ves a qué se han reducido nuestras disponibilidades. Esto no puede continuar así toda la vida.

—Claro que no, Guillermo—contestóle Margarita luchando con su preocupación para estimular a su marido al trabajo—. Aquí acabarás de escribir tu novela, y entonces emprenderemos una nueva vida...

Y, mientras los jóvenes esposos continuaban viviendo de prestado, el solitario lord Percival abría su casa de París, recordando siempre a Margarita, cuyo casamiento con Guillermo no había podido evitar.

*
**

Margarita no tardó en descubrir que la hospitalidad tiene a veces su precio. Flora le había mandado la siguiente carta:

Mi querida Margarita:

Estoy echando una cana al aire. No quiero que mi marido se entere de que no estoy en Venecia. Si eres buena conmigo, me harás el favor de poner estas cartas en el correo. No te olvides, y borra los números que indican el orden en que debes mandarlas.

Tuya,

Flora.

Y ese fué el primer escollo con que tropezó su sinceridad de esposa enamorada y el que le hizo tener, por vez primera, un secreto para su marido.

¿Qué hacer? ¿Tendría valor para complacer a su despreocupada amiga?

Guillermo, sin sospecharlo, la ayudó a ello.

—Margarita, las paredes de este palacio y todo este ambiente de Venecia parece que me inspiran... Dentro de un mes tendré terminada mi novela—le dijo, entusiasmado, enseñándole unas cuartillas escritas con ardor.

Y la incauta mujer, a fin de que su propio castillo de naipes no se derrumbase, consintió, a pesar de haber luchado al principio de buena fe contra sus antiguos hábitos, en hacerse cómplice de una farsa secreta.

Así transcurrieron cuatro semanas de engañosa felicidad y cuatro cartas fueron puestas secretamente por Margarita en el correo, y después...

—¿Eres tú, Flora? ¿Cómo es posible sí...?

—¡Una tragedia, Margarita! En Niza tuve la mala suerte de encontrar a los Westhover y a Andresillo, y se empeñaron en venir aquí sin que yo les invitase.

Sólo de pensar que Lucina iba a ponerse de nuevo en su camino, Margarita estremeciéndose toda. An-

dresillo no le importaba. No le molestaba su presencia, porque, en caso necesario, sabría evitarle. En cambio, Lucina era tan hábil... Indudablemente, sólo ella era la causa de la visita de los Westhover y Andresillo al palacio de Flora, y el motivo, único e interesante para ella: Guillermo. Estaría alerta.

Como Flora, al llegar, sorprendió a Margarita con la última de las cartas que le había encargado



Y la incauta mujer, a fin de que su propio castillo de naipes no se derrumbase, consintió en hacerse cómplice de una farsa secreta.

mandar a su marido para que éste no se enterara de sus aventuras, agradeciéndole su amabilidad no habiendo rehusado el prestarle tan señalado favor, y le rogó que no dijese a nadie que había estado fuera un mes.

Lucina entró en la habitación donde se hallaban Flora y Margarita, cuando la primera rompía la última carta en cuestión y regalaba a la segunda, en premio a su complicidad, un brazaletes de brillantes.

—Algún secreto bien guardado, ¿eh?—dijo Lucina, hiriendo con sus miradas a Margarita.

Margarita turbóse visiblemente, encargándose Flora misma de animarla.

—No te preocupes. Lucina no dirá nada.

Pablo y Andresillo ofrecieron sus respetos a Margarita, y Lucina aprovechó la ocasión para ir a sorprender a Guillermo en su trabajo, molestándole al señor Westhover esa atención de su esposa hacia el novelista.

—¿Cómo van esas novelas, Guillermo?

—¡Qué sorpresa, Lucina! ¿Tú aquí? ¿Sola?

—Casi. Pablo y Andresillo están en el salón. Hemos llegado con Flora. Deben esperarnos. Vamos. Pero antes quiero decirte algo. Mi marido y yo nos trasladamos a Saint-Moritz. ¿Nos acompañaréis Margarita y tú?

—No sé... Si mi mujer lo desea...

Por su parte, Andresillo ofrecía su casa de París a Margarita.

Pero, llena de justificados temores, Margarita se las arregló para que los Westhover fuesen solos a Saint-Moritz, y, aunque Andresillo se quedó en casa de Flora, durante unos días se sintió tranquila y feliz, pero una tarde...

—¿Molesto?

—Adelante, Flora. Nada es para mí tan agradable como tu visita a este rincón de tu espléndida casa, Flora.

—Muchas gracias, Guillermo. No voy a estorbar-

te mucho tiempo. He venido sólo para darte esto. Creo que te gustará.

—¡Un regalo! ¿A qué se debe el mismo?

—Tengo mucho gusto en hacerte este obsequio, por haber enviado aquellas cartas.

—¿Qué cartas, Flora?

—¡Ah! ¿No sabías nada?

La culpable comprendió el error que había cometido considerando a Guillermo enterado de la complicidad de Margarita en su aventura, y no pudo volverse atrás.

Guillermo, por su lado, comprendió que algo anormal había sucedido sin que él se enterase, y llamó a su esposa a su presencia.

—El otro día me enseñaste un brazaletes de brillantes y me dijiste que te lo había regalado Flora. Hoy me regala este alfiler a mí. ¿Quieres explicarme a qué se debe la generosidad de nuestra amiga?

—Nos quiere mucho, Guillermo. Está muy contenta de tenernos a su lado.

—No trates de engañarme, Margarita. Dime la verdad. ¿A qué cartas se ha referido? ¿Acaso te has mezclado en alguno de sus misteriosos enredos?

—Te diré...

—Habla, Margarita. Necesito que no me ocultes nada.

—Pues... Puse en el correo unas cartas para su esposo. Parece que ella tenía interés en que su marido no supiese que había salido de Venecia.

—¿Eh? Pero ¿has podido hacer eso sin decirme una palabra?

—No tenía más remedio que mandar las cartas, o marcharnos de su casa... Pensé en esto, pero no teníamos recursos de ninguna clase...

—¡De modo que te has dejado arrastrar por tus viejos hábitos! ¿Qué se ha hecho de tus propósitos?

—¿Qué más podía hacer yo? No tenemos nada nuestro.

—¿Qué vergüenza! No podemos seguir en esta casa. Nos hemos rebajado demasiado... Iremos a Saint-Moritz. Aceptaremos la invitación de Westhover.

—¿La invitación de Westhover?... ¿Querrás decir, la invitación de Lucina! Andresillo nos ha in-



—¿Qué más podía hacer yo? No tenemos nada nuestro.

vitado también a su casa de París... y no parece sino que espera a que nos decidamos a ir con él. Si quieres ir a Saint-Moritz, irás solo.

—¿Qué manera de hablar es esa, Margarita? ¿Por qué pretendes ir a casa de Andresillo? Tu deber es seguirme a donde yo te mande.

—¡No, Guillermo! Yo no iré contigo a Saint-Moritz. ¿Acaso te enamoraste, al fin, de Lucina?

—¿Por qué dices esto?

—Porque esa mujer es mala... me odia... y yo te odiaré a ti si te vas con ella.

Guillermo entercóse en imponer su voluntad a Margarita, y la ruptura fué el resultado de la discusión que ambos tuvieron.

—¡Basta ya, Margarita! Mi deseo es ir a Saint-Moritz y no a casa de Andresillo. Si no quieres venir, haz lo que te plazca. Cada cual irá, en adelante, por su lado.

Después de la disputa con su marido, Margarita pidió una explicación a Flora, extrañada de que se hubiese atrevido a suponer que Guillermo estaba enterado del favor que le había hecho mandando algunas cartas a su marido.

Pero Flora justificó su proceder, manifestando que Lucina le había dicho que Guillermo no ignoraba el asunto y que había tenido intervención en él.

Al día siguiente, Margarita, dolorida y casi inconsciente de sus propios actos, salía para París en compañía de Flora Wyndham y lord Percival. Y Guillermo, a pesar de haberse mostrado inexorable con las debilidades de su esposa, no supo serlo tanto con las suyas propias, ni verlas con tanta claridad; y el mismo día en que su mujer llegaba a París, llegaba él a Saint-Moritz, poco antes de la hora de cenar... Y después que se hubo arreglado, celebró una entrevista con Lucina, que se alegró extraordinariamente de recibir su visita... solo.

—Tu atención es de agradecer tanto más cuanto que siempre te has mostrado algo retraído conmigo, no sé por qué causas. ¿Por qué no has traído a Margarita?

En pocas palabras, Guillermo contó a Lucina lo ocurrido, y ella aprovechó la ocasión para desbanear a su amiga.

—Esto, para Margarita, es una oportunidad... y me figuro que sabrá aprovecharse de ella. No ignoras que lord Percival estaba decidido a casarse con tu mujer, y me consta que aun no se ha consolado de haber sido vencido.

—¿Tú crees, Lucina?

—Pues claro, Guillermo. ¿No comprendes que Margarita no te ama?

El señor Westhover, ajeno a la visita de Guillermo, sorprendióse altamente al verle en su casa, sin Margarita, y dando crédito, en aquel momento de ofuscación provocada por los celos, a la murmuración que había llegado en otros tiempos a sus oídos, decidió imponer su autoridad en su hogar.

—Lucina, ¿qué significa esto? ¿Por qué se encuentra aquí Guillermo?

—¡Pablo! ¡Qué ocurrencia! No seas ridículo... Guillermo ha tenido un disgusto con Margarita.

—¿Qué disgusto?

—Parece que Margarita y lord Percival no le harían ascos al matrimonio, si Guillermo se decidiera a pedir el divorcio.

—Pues el puesto de Guillermo está al lado de su mujer. Y es preciso que se marche en seguida de esta casa.

—¿Qué?

—No tengo más que decir. Guillermo, su equipaje será colocado en un trineo, y podrá usted partir al momento.

Asombrado, Guillermo se separó de los Westhover, y Lucina, indignada con su esposo, exigió de éste que le llamase y le presentase toda clase de excusas, suplicándole que se quedase con ellos.

Negóse a ello el marido, y entonces Lucina, en un arranque de soberbia, dijo:

—Si no le pides a Guillermo que se quede, se lo pediré yo.

—¡Lucina! ¡Quieta!

—¡No!

El señor Westhover, en su afán de detener a su esposa, corrió tras ella y, al apoyarse violentamente en el pomo de la baranda de la escalera de los pisos altos, arrancó aquél de quicio, perdió el equilibrio por efecto del violento choque, y cayó, desde regular altura, de cabeza, al suelo, matándose instantáneamente.

*
* *

La trágica e inesperada muerte de Pablo Westhover fué el tema de todas las conversaciones durante un mes entre los americanos elegantes que residían por aquellos días en París.

Margarita vivía entre ellos como un pajarito asustado, pero con su sonrisa desafiaba a los murmuradores.

Inesperadamente, Lucina se trasladó a París, y visitó a sus amistades, para martirio de Margarita.

Vestía de negro por la muerte de su esposo, pero nada más lejos de ella que la tristeza. La esperanza de ganar para sí a Guillermo era suficiente para olvidar el drama.

Y la viuda fué el atractivo de las reuniones.

—¡Qué desgracia! ¡Cuánto debe haber sufrido!

—¡Oh, sí! ¡Fué una cosa horrible!... El pobre quedó muerto en el acto. ¡Qué se le va a hacer!... Guillermo se vino a París al día siguiente... Pero

desde aquí me ha ayudado a arreglar mis asuntos...
¡Si no hubiera sido por él!

Margarita la escuchaba con rencor, y deseaba no estar un momento a solas con ella. No lo logró. Lucina tenía que hablarle secretamente.

—¿Qué quieres de mí?—preguntó Margarita, aislándose con la viuda.

—Amiga mía, tú sabes que he sido sumamente buena contigo y que jamás te he pedido un favor... Pues bien... Amo a Guillermo... y si tú no te opones al divorcio...

—¿Qué osadía! ¿Y te atreves, Lucina?...

—Si dejas a Guillermo, te haré independiente para toda la vida... y su éxito artístico estará asegurado.

—¿Dejar a Guillermo!... ¡Y para entregártelo a ti! ¡Nunca! A ti, para vestirme de viuda, te sentaría mejor el color rojo que el negro.

—Preferí avisarte, hija mía. Ya lo sabes: Guillermo y yo nos queremos.

Margarita no tuvo fuerzas para responder, y mientras quedaba sollozando alejada de todos, Lucina decía a Flora, confiando en ella:

—Supongo que entre Andresillo y tú haréis que Margarita se vuelva un poco más razonable.

Margarita estaba convencida de que Guillermo era ajeno a todo aquello; estaba segura de que la proposición de Lucina era una intriga más de ésta y obra exclusivamente suya, y esperó durante un mes, paciente y confiada aunque sin resultado, la visita de su marido; pero al cabo de este tiempo,

temiéndolo todo de la intrigante viuda, decidióse a consultar con un abogado.

Pedro Chardon, más filósofo que abogado, leía con simpatía y piedad en el corazón de sus clientes.

—No tema usted nada, señora. Su marido no puede pedir el divorcio sin aducir un motivo fundado y probado, y en este caso no lo hay.

Lord Andrés Percival, que seguía de cerca aquel asunto y no perdía la esperanza de que la cosa acabara en divorcio, se había ofrecido a acompañar a Margarita a casa del abogado, pero se mantenía prudentemente retirado, sin pasar, a pesar de ello, desapercibido.

Margarita agradeció las palabras de consuelo y esperanza del letrado, y al marcharse, díjole:

—Acabo de aceptar un empleo de institutriz... Si necesita decirme algo, me encontrará usted en esta dirección.

Y dióle una tarjeta sobre la que había escrito su nuevo domicilio.

Lord Percival trató de disuadir a Margarita de ponerse a trabajar, negándose ella, así:

—No, Andrés, no. No puedo aceptar su generosidad. Hace mucho tiempo que debí darme cuenta de que soy pobre y de que tengo necesidad de trabajar para vivir.

Y Margarita se colocó en una casa modesta como institutriz de los niños, y al día siguiente de su llegada, los padres de éstos tuvieron que emprender un viaje, y quedó sola con los pequeños y una vieja criada.

En el cariño de las criaturas encontró Margarita consuelo para sus penas, relegó al olvido todo lo que pudiera recordarle su pasado... excepto el amor de su marido, y mandó a Flora, por un muchacho, el brazaletes que le regalara.

Guillermo, empujado por Lucina, decidióse al fin por el divorcio; pero fué a consultar el caso con el viejo abogado Pedro Chardon, y como éste "sabía leer con simpatía y piedad en el corazón de sus clientes"... y tenía la nueva dirección de Margari-



Y Margarita se colocó en una casa modesta como institutriz de los niños...

ta... le indicó que fuera a verla...

Pero lord Andrés Percival, que estaba enterado de la decisión de Guillermo y seguía sin perder la

esperanza, se dispuso hablar en serio con Margarita de sus planes futuros.

Nada consiguió el lord, ni aun vagamente, de Margarita. Aunque Guillermo se divorciase, ella no se consideraría libre y no volvería a casarse, háblele dicho.

Guillermo vió a Andresillo salir de la casa donde estaba colocada Margarita, y eso fué para él una



En el cariño de los pequeños encontró Margarita consuelo para sus penas...

puñalada en mitad del corazón: todas las intrigas de Lucina tuvieron allí a sus ojos la más plena confirmación; todos los propósitos que sacó de casa del abogado cayeron por tierra, y su decisión se hizo irrevocable.

El abogado espía al novelista. Aquel caso había llegado a interesarle vivamente.

—Oiga... oiga... Soy yo... ¿Quiere que hablemos un momento?...

Más tarde, Guillermo entró en la casa de Margarita, después de que el abogado, haciéndose el contradictizo, le hubo hecho algunas indicaciones, y sobreponiéndose ambos cónyuges a la natural emoción del reencuentro, se ocuparon de la forma en que debía efectuarse la separación.

—Mi abogado me ha dicho que sin una prueba no podía intentarse el divorcio... Te ofrezco ser yo quien proporcione la prueba; pero tienes que denunciarme y pedir tú el divorcio... Si no lo haces, seguiré el camino contrario...

—Yo haré lo que tú quieras...

—Mañana por la noche iré a un hotel en Fontainebleau... para proporcionarte la prueba necesaria. He escogido Fontainebleau, no sé por qué. Tal vez porque no hemos estado nunca allí juntos.

Y la separación fué dolorosa.

El abogado esperó a Guillermo, y como estaba persuadido de que los celos que había sentido aquél cuando vió a lord Percival salir de casa de Margarita, eran prueba patente del amor que aún palpataba en su corazón por su esposa, se encargó de preparar el buen terreno para evitar el divorcio.

Al día siguiente, Margarita y el letrado, que supo convencerla a ir con él, se presentaron con la justicia en un hotelito de Fontainebleau para sorprender a Guillermo con otra mujer.

Pero no había tal mujer, sino, colgando de los pies de cama, unas ropas finas interiores que pertenecían a Margarita.

—¡Esta ropa es mía!

Guillermo se hacía el distraído, pero la justicia,

comprendiendo la idea del abogado, se marchó re-funfuñando, no dejando de reconocer, sin embargo, que la aventura era original; a la par que el viejo filósofo decía a Margarita:

—Usted me dijo que amaba a su marido... y yo



—¿Quieres que te dé un consejo, Lucina?

vi que él la amaba a usted... ¿Qué otra cosa podía hacer un buen abogado?

Margarita miró a su esposo, leyó en sus ojos que él la amaba más que nunca, porque había sufrido lejos de ella, y se abrazaron efusivamente.

—Hijos míos, recordad siempre—añadió el abogado—, que habéis sido víctimas del mundo y del ansia de lujo que en él impera, y decidíos los dos a trabajar el uno para el otro: que en todas las clases sociales, amor y trabajo son los que proporcionan la felicidad.

Y mientras los dos jóvenes se prometían una dicha sin par en la nueva vida de laboriosidad que iban a emprender, Lucina, a cuyo conocimiento llegó su fracaso, “despreciaba” a Guillermo.

—Era un estúpido.

—¿Quieres que te dé un consejo, Lucina?— le dijo Flora, que olvidaba la ausencia de su marido en la grata compañía de un elegante muy cariñoso—. No debes despreciar a Andrés.

Y Lucina, indiferente y veleidosa, contestó:

—No está mal pensado.

FIN

Prohibida la reproducción.

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

PRÓXIMO NÚMERO

La sensacional novela

Las alas del cariño

Grandiosa interpretación de los prestigiosos artistas: CLAIRE WINDSOR, LLOYD HUGHES, FRANK KEENAN, OTIS HARLAN y JOHN SAINPOLIS

Producción *METRO-GOLDWYN*

¡Exitazo! — ¡Emoción! — ¡Realismo conmovedor!

Postal-fotografía-regalo: AILEEN PRINGLE

LA NOVELA SEMANAL

CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles — Precio: 25 cts.

COMPRE USTED

La sugestiva novela

Lirio entre Espinas

Un rudo y brusco contraste entre la tranquila y sencilla vida de un pequeño pueblo, y la barahunda y maremagnum de París.

17.º libro de la BIBLIOTECA

Los Grandes Pelms

de

LA NOVELA SEMANAL

CINEMATOGRAFICA

Precio popular:

50 céntimos

SUMARIO del tercer número de **AYER Y HOY**

que se puso a la venta ayer, 20 de Octubre:

La hija (novela corta), por Vicente Blasco Ibañez.

Una aventura ferrocarril (diálogo teatral), por Franz Molnar.

Por los caminos del mundo: Cómo firmaban los antiguos en España.—El origen del apretón de manos.—Nombres y apellidos largos.—Para los que bajan la cuesta de la vida.

Cartas de amor: Elvira y Luisa (continuación), por H. de Balzac.

Concurso de Cartas de Amor.

Una buena mentira (cuento), por Carlos C. Lewzi.

Sección Gráfica: Ocho páginas.

De la vida frívola: Cinco mil dólares por guardar un secreto.—¿A qué edad es vieja la mujer?—La muerte del sentimentalismo.

Pequeñas Grandes Cosas, por José D. Benavides.

Página de caricaturas: ¡Ya no hay sombreros!

El ladrón de corazones (novela cinematográfica), por Antonio I. de la Hoz.

Visitando Cines: El Salón Royalty, Madrid, por Luis de Monserrat.

Modas: Trajes de tarde y de noche por Amaranta.

Teatros.—Cines.—Deportes.

Colaboración intelectual: El Rentatenco dramático de Bernard Shan, por Kennet Macgowan.

Corazones de hielo (novela de aventuras, continuación), por James Oliver Curwood.

Página infantil.—Amenidades.—Chistes.

Compre usted **AYER Y HOY**, magazine semanal. Se publica todos los MARTES

¡76 PÁGINAS!

¡40 CTS!